

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR 172



30
CTS

GEORGE O'BRIEN
NELL O'DAY

EDICIONES BISTAGNE

**JUSTA
RETRIBUCION**



HOWARD, David

La Novela Cinematográfica del Hogar.

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Marío Bistagne Núm. 172

Smoke Lightning, 1933

JUSTA RETRIBUCION

Novela de aventuras, interpretada por el popular
caballista

GEORGE O'BRIEN

*Neil
Frank Atkinson o'Day*

Es un film **FOX**
(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280 **BARCELONA**

Postal-regalo: **JAMES CAGNEY**

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - **BARCELONA**

Prohibida la
reproducción

JUSTA RETRIBUCION

Argumento de la película

Sam Edson era un alegre vaquero que llevaba una existencia aventurera por las tierras del Oeste. Buen mozo, con dinero en abundancia, sonreía a la vida como un hombre generosamente feliz. Le acompañaba siempre John, una especie de escudero, en quien tenía absoluta confianza.

Una noche de viento y lluvia, los dos hombres entraron en una de las tabernas del pueblo. Estaba llena de gente que cantaba y jugaba. A una de las mesas acercóse Sam y vió con atención las grandes cantidades que se apostaban. Eran tres los jugadores: el she-

riff, el alguacil y Carter Wells, uno de los más importantes propietarios de la comarca.

Sam quiso tomar parte en el juego y rechazó las súplicas de John, que le rogaba no lo hiciera.

—Pero ¿por qué? ¿No sabes que gano siempre?

—¿No se ha fijado usted en el calendario, mi amo? Es martes y trece.

—Hoy ganaré más que nunca. Pronto vas a verlo.

Con su sonrisa optimista, de hombre seguro de sí mismo, jugó y la suerte le favoreció inmediatamente. Ganó buenas cantidades y pronto el sheriff y el alguacil abandonaron la partida. Pero Carter era hombre terco y partidario apasionado del poker. Continuó jugando y perdiendo con la misma rapidez. Cuando no tuvo dinero, comenzó a firmar vales sin vacilaciones.

La partida se hacía cada vez más interesante. Sam advirtió a su contrario:

—Me debe usted ya dos mil dólares.

—Es verdad.

Y añadió al cabo de unos momentos:

—La última apuesta. Toda mi hacienda contra lo que le debo y diez mil dólares más.

—¿Su hacienda? ¿Sabe lo que dice?

—Y no me vuelvo atrás.

—Vale más que eso...

—No me importa.

—Entonces... ¡sea!

Entre un silencio imponente celebróse la jugada... y Carter perdió.

Una honda palidez cubrió su rostro. Pero serenamente dijo:

—Luego puede usted pasar a recoger mis títulos de propiedad.

—Gracias. No faltaré.

Desapareció Carter prestamente, con una falsa sonrisa que no podía ocultar su inquietud interior. Hubo grandes murmullos, que aumentaron cuando el vencedor y John abandonaron la taberna.

El alguacil murmuró al oído de su jefe:

—Tanto como usted deseaba la hacienda de Carter... y ya ve... Sam se la quita en un santiamén.

—¡Ese maldito! Pero la cesión no puede ser válida.

—¡Ya lo creo que lo es! Y Carter cumplirá su palabra.

—Siento que se enriquezca ese advenedizo de Sam.

—Bastante rico es ya.

Hablando así, salieron a la calle.

Entretanto Carter había entrado en su casa, situada frente a la taberna.

Una gran depresión le abrumaba, haciendo difícil la coordinación de sus ideas. La seguridad de que estaba arruinado, de que su magnífica hacienda ya no era suya, de que su hija tendría que abandonarla, puso un pensamiento dramático en su imaginación, semejante a una luz roja de peligro. ¡Estaba arrui-

nado! En lo sucesivo tendría que implorar una humilde colocación, él, que siempre había sido dueño. ¡Ah, no se veía con fuerzas suficientes para resistir, para vivir más!

Acercóse a la ventana y vió que avanzaban por la calle, en dirección a su casa, Sam y su hombre de confianza. Vendrían a buscar el título de propiedad. Una idea punzante le estremeció.

Sam y John habían llegado ante la entrada y se detuvieron unos momentos.

—Vas a cobrar las ganancias, ¿verdad, Sam? ¡Qué suerte!

—No voy a quedarme con la hacienda, ni mucho menos, John.

—¿Pues, entonces...?

—No quería ganarle tanto. Tendría un cargo de conciencia si arruinaba a ese buen hombre.

—Siempre serás tonto... Mira que abandonar la ocasión de hacerte millonario...

—El que nace honrado...

—Pero si es de ley.

—No la de mi conciencia.

En aquel instante sonó un disparo, que se prolongó largamente, como un lamento mortal.

Asustados, corrieron a ver lo que sucedía, y al entrar en la habitación de Carter, presenciaron un triste espectáculo.

Carter yacía en el suelo, con la pistola todavía humeante en la mano.

Aquel hombre no había podido resistir la

triste realidad de desposeerse de la finca y se daba muerte antes que verse despojado.

Arrodillóse Sam junto a él lamentando aquella dolorosa y estéril determinación. ¿Por qué había realizado aquello? ¡Ah, si él hubiese llegado un momento antes!

En aquella actitud le sorprendió la presencia del sheriff y del alguacil que, justamente alarmados, subían a ver lo que pasaba.

Arrugaron el ceño al ver a Sam junto al muerto, e inmediatamente sospecharon si el joven habría sido el causante del suceso.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado aquí?

—Carter se ha suicidado.

El sheriff le envolvió en una mirada durísima.

—Suicidio, ¿eh?

Acercóse al cadáver y pronto pudo comprobar, aunque de modo superficial que, realmente, por la trayectoria de la bala, se trataba de un suicidio. Pero encendido en ira contra Sam, el afortunado y nuevo poseedor de la hacienda, dijo:

—Eso lo ha de ver la ley... y en su día dictará el fallo.

—No creo que lo hayan matado—repuso Sam, tranquilamente—. Cuando yo llegué no vi nada anormal... y la pistola humeaba todavía en la mano del pobre.

—Ya... ya...

—Pero estoy a su disposición, sheriff, para cuantas aclaraciones necesite. Crea que sien-

to de veras lo ocurrido. Venía a devolverle su propiedad.

—¿A devolvérsela? ¡Qué raro!

—No he llegado a tiempo. Soy ahora el único dueño de la hacienda y voy a tomar posesión. Vamos, John.

Y salieron los dos, mientras por los labios del sheriff flotaba una mueca de ira.

—¡Cómo le odio! Se va a quedar con la hacienda, con esa propiedad que tanta envidia me ha dado siempre.

—¿No le habrá matado para lograrla?—indicó el alguacil.

—Creo que no. Pero no importa. Tengo un plan para impedir que se quede con la finca.

Aquel hombre era un malvado. Había conseguido aquel cargo por nefastas influencias, y no era merecedor de él. Hacía tiempo que deseaba quedarse con las tierras de Carter, y he ahí que ahora aquel afortunado conseguía hacerse el dueño. Pero había mucho que hablar. Quizá no llegara siquiera a posesionarse de la finca.

Sam, acompañado de su amigo John, se dirigió al día siguiente a la hacienda que había pertenecido a Carter y que legalmente era hoy propiedad suya. Pero, hombre de corazón, no estaba dispuesto a quedarse con ella. Sería para la hijita del muerto, pobrecita nena de pocos años, que necesitaría protección y que él se la brindaría generosamente.

Llegados a la finca hablaron con la cocine-

ra de la casa y con Mary, la linda chiquilla de Carter.

Tras grandes rodeos—se les hizo difícil la misión—, comunicaron la triste muerte de Carter, aunque eludiendo sabiamente las causas que la habían motivado.

Tiernamente conmovido, Sam abrazó a Mary y le prometió ser su protector.

—Bien lo necesita, señor; no tiene apenas a nadie en el mundo—indicó la cocinera.

—Carter me vendió la hacienda, pero yo a mi vez la cedo para la niña. Y seré el tutor de Mary. ¿Quieres que me quede contigo, pequeña?

—¡Sí, sí! ¿Qué haré sola aquí, sin que papá vuelva jamás?

—En mí tendrás un nuevo padre. Tengo el deber moral de velar por ti.

Su conciencia le dictaba obrar de tal manera; una justa retribución a la tragedia de una partida de juego. Velaría por aquella niña como si fuera hija suya. Atendería los asuntos de la hacienda, vigilando para que todo marchase bien.

Y desde aquel mismo momento se quedó a vivir en la casa, y cuantos trabajaban en ella comprendieron que el amo no era hombre de bromas y que exigía el cumplimiento del deber.

Pero Sam andaba bien ajeno de pensar lo que el sheriff y el alguacil tramaban para perderle.

Había que impugnar de todas formas la ce-

sión hecha por Carter, simulando que había sido ilegal. Era preciso poner a buen recaudo a Sam; había que inutilizarlo, y no vacilarían en medios.

Llamaron a conferenciar a Peter, cierto sujeto conocido de antiguo de la policía, hombre trapisondista, enredón, siempre dispuesto por dinero a cometer cualquier villanía.

—Es preciso que te presentes inmediatamente en la hacienda de Carter como tutor legal de la chiquilla.

—Pero, ¿cómo lo acreditaré?

—Te daré una carta. Y en cuanto a ese Sam, que ha tenido la osadía de instalarse en la finca, será preciso echarle de ella.

—¿Podremos?

—Es menester que nos hagamos los dueños de la hacienda; más adelante haremos firmar a la niña la cesión y todo saldrá a pedir de boca.

—¿Y mi parte?

—Será buena. Para todos habrá. Tampoco olvidaré al alguacil.

El aludido sonrió, con una sonrisa canalla. Se veía en él al hombre capaz de todas las infamias con tal de realizar su ambición. Y todo quedó convenido para la nefasta obra.

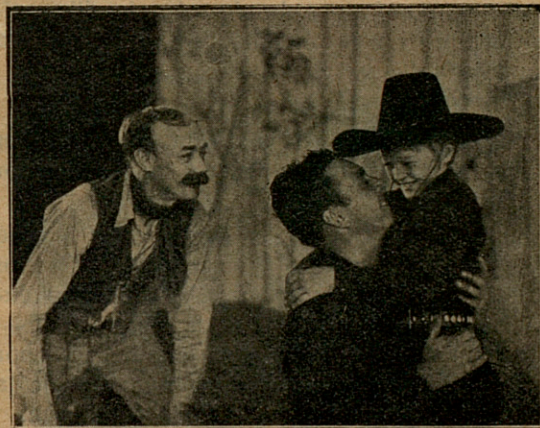
Pasaron unos días. Sam se encontraba bien en la hacienda, y lo mismo le sucedía a John, que ayudaba a las criadas en las labores de la hacienda.

La nena se había encariñado profundamente con Sam. Huérfana, su alma ansiosa de ternura

como la de todos los niños, la concentraba en Sam, especie de niño grande.

La hacían ir vestida de hombrecillo y la habían enseñado a montar a caballo.

Los primeros días fueron de torpeza para la niña; pero poco a poco fué acostumbrándose a mantenerse en la silla. Se valía de un po-



La hacían ir vestida de hombrecillo...

tritó, manso y suave, tan cariñoso también, que parecía incapaz de echarla abajo.

Viéndola dar vueltas por el cercado, Sam sonreía, contento de los adelantos de la niña, con la que se consideraba obligado moralmente.

—Yo deseo algo más de ti—le indicó.

—¿No estás contento con lo que hago?

—Lo estaré el día que sepas montar mi caballo. Pero ha de pasar aún mucho tiempo. Cuando seas mayor.

—No lo creas, Sam.

Y con verdadera picardía acercó su caballo al de Sam, que estaba atado a una de las vallas y, poniéndose de pie sobre la silla, saltó fácilmente a la otra montura, poniéndose a horcajadas sobre ella.

—¿Ves como ya sé subir?

Todos rieron la gracia, y Sam, cogiendo por las riendas al caballo, paseó a su ahijada por la campiña.

John y la cocinera—los dos ya de una edad que dejaba atrás la juventud y entre los que se había iniciado un "flirt" que indudablemente traería consecuencias sentimentales—contemplaron a Mary, y la criada, que por ser mujer tenía un concepto más real de la educación de la infancia, movió la cabeza.

—El señor Sam cree que Mary es un muchacho...

—En el campo todos han de ser fuertes como muchachos,

—No opino así. La niña necesita ir al colegio, vestir ropas femeninas, para hacer de ella una verdadera mujer; no un cowboy, como tu amo y tú.

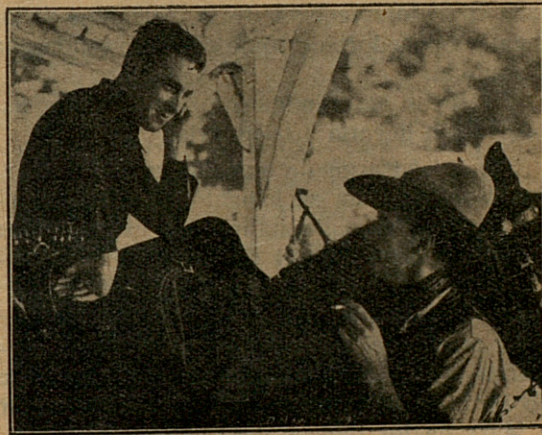
—¡Qué cosas dices!

Pero luego, por la noche, habló a Sam de

lo que le había dicho la cocinera, y el valiente joven rascóse preocupado una oreja.

—Pues no creo que ande desacertada. Nosotros no sabemos educar niñas. ¿Qué hemos de saber?... Mira, mañana irás a la tienda del pueblo y comprarás ropas de mujer.

—Me van a engañar... Yo nunca supe de eso.



—... mañana irás a la tienda del pueblo...

—Defiéndete como puedas.

Y John, cumpliendo lo prometido a su amo, se fué al otro día al pueblo y volvió con unas ropas que probaron a la nena. Unas ropas tan burdas, tan holgadas, tan exentas de toda

gracia, que la niña, malhumorada, estuvo a punto de echarse a llorar.

Después de haberle probado tres o cuatro trajes y sombreros, de una moda ya definitivamente pasada y que provocó continuas rabietas en Mary, que prefería ir vestida de hombre a aquellas prendas que la impedían el libre movimiento, le arreglaron un vestido de escasísimo gusto y que era aún tolerable, gracias a la intervención de la cocinera, vagamente conocedora de cómo debe ir vestida una chiquitina.

Y resuelto ya el indumento femenino, se dispusieron a llevarla a la escuela.

Sam se encargó de aquella misión, y en el fondo de su alma se lamentó del aburrimiento que seguramente habría de experimentar la pobre nena bajo el capricho de su profesora.

La niña iba también seria y grave.

La puerta del colegio estaba entornada. Entraron y no vieron a nadie. Pero seguramente no tardaría la maestra en llegar. Hizo sentar a Mary en los bancos destinados a las discípulas y él ocupó tranquilamente el lugar de la profesora.

—La maestra se retrasa, Mary, y yo tengo mucho que hacer. ¡Vaya ejemplo de dar esa buena señora! Seguramente que es una pobre solterona, vieja y fea, con grandes gafas y nariz de ave de rapiña... De buena gana me marchaba sin conocerla.

Una voz femenina sonó junto a él.

—¿Tanto lo siente?

Volvióse rápidamente, sofocado por la sorpresa, y se encontró con una lindísima mujer, tan joven, tan bonita, con una mirada tan dulce, que parecía llenar de placidez cuanto abarcaba.

Se levantó confundido.

—¿Pero usted es la profesora?

—La misma, la que acaba usted de retratar tan gráficamente.

Sin saber qué hacer ni qué partido tomar, Sam, dando vueltas a su sombrero, intentó una excusa.

—Yo no me refería a usted... sino a una profesora que tuve allá en mis tiempos...

—Y que tenía que venir ahora, ¿no?

—Usted entendió mal... Usted es la antítesis de la profesora que había descrito...

—¡Qué gracioso!... Pero, ¿qué le trae por aquí?

—La necesidad de que instruya a mi ahijada, a esa niña... Mary Carter.

—¡Oh, ya les conozco!... ¡He oído hablar de ellos! ¡Pobre señor!...

—Era un gran corazón, y yo su íntimo amigo.

—Y padrino de la niña, ¿no?

—Su protector, su mejor amigo... Como mejor amigo de usted, si usted me lo permitiere.

—Para ello comenzó bien...

—Admirándola tan pronto como la cono-

ci. ¿Le parece poco? Admirándola y no sabiendo olvidarla ya.

—Por favor, calle usted. ¿No ve que llegan las niñas? ¿Y qué dirá la misma Mary?

Sonrió Sam y después de convenir las condiciones mediante las cuales se quedaba la pequeña, marchó de la clase, lamentando no fener unos cuantos años menos para ser un discípulo más de la bella maestra.

Y durante todo el resto del día tuvo ya su imagen dentro de su ser, muy clavada, como si estuviera allí de mucho tiempo...

* * *

Habían pasado unos días y seguía Sam conmovido por el grato recuerdo de aquella maestra, llamada Peggy, a la que había vuelto a ver cuando él iba a buscar a la niña y de la que se sentía enamorado cuando la oía hablar y le miraba con aquellos ojos que despedían fulgores de ternura.

Un día le propuso ir a vivir a la hacienda como preceptora de la niña. No, no debía alarmarse. No era cuestión de abandonar la escuela ni mucho menos. Podía permanecer en ella todo el día, durante las horas de clase, y luego ir a casa de él.

Había para ello una razón poderosa. Quería hacer de su ahijada una verdadera señorita y eso sólo se podía conseguir teniendo siempre otra señorita al lado.

—Ya está conmigo en el colegio—se excusó Peggy.

—Pero no cuando más la necesita a usted. A las horas de comer. Además yo deseo una persona que cuide de sus vestidos y que nos dirija la casa.

No le pareció a Peggy desagradable aquella perspectiva. Sam era simpático y ofrecía una buena retribución. Su alma de muchachita huérfana, hastiada de la soledad del pisito en que vivía, estaba fatigada del eterno diálogo con su propio yo, sin que tercera persona interviniese nunca en él.

Y ya no vaciló más. Le agradó permanecer en aquella casa, y durante los primeros días fué arreglando todas las cosas, embelleciendo las habitaciones con esa sencillez de que es capaz una inteligencia de mujer.

¡Y qué bien se encontraba Sam allí! Tan bien que casi había aborrecido sus paseos a caballo, sus labores de dueño del rancho, de director de todo cuanto allí había. Hubiera preferido pasar las horas contemplando a aquella mujer, por cuyo amor ya latía él con esa fuerza avasalladora del cariño, tan incomprendible para los que nunca la sintieron...

Sobre todo, después de cenar, las veladas transcurrían deliciosas. La niña jugaba en un rincón, y sentados en un diván, Peggy y Sam tejían la tela todavía indescifrable, pero que acabaría con el perfecto bordado de una declaración de amor.

De aquella casa siempre tan severa, apenas

quedaba nada ya. Se había remozado como un milagro de primavera que ya comenzase a florecer... John y la doncella, en el escenario de la cocina, tejían igualmente la red invisible y fecunda del querer, que sostiene al mundo desde sus principios.

Y la profesora y Sam a medias palabras se confesaban sus anhelos.

—¿Le gustaría vivir siempre aquí, Peggy?

—¡Es imposible!

—¿Pero le agradaría?

—¡Estoy tan bien! Ya lo creo que sí... Pero eso durará poco... Cuando la niña sepa más y esté un poco crecidita, me tendré que volver a mi pisito.

—¿Y no la detendría nada?

—¿Qué quiere que me detenga?

—Algo que fuera más fuerte que esa necesidad.

—No puedo adivinar lo que sea.

—¿No puede o no quiere? Oyeme, Peggy... ¿Te enfadaría mucho si te dijera que eres maravillosa?

—¿Me enfadé cuando me dijo lo contrario?

—No me lo recuerdes. Fuí tan torpe. Pero quiero enmendarme llenándote de elogios mercedos.

—No le creo.

—Peggy, escúchame bien. ¿No has pensado nunca en casarte?

Ella bajó los ojos.

—Nadie me lo ha dicho aún.

—¿Y si yo te lo dijese? ¿Y si te afirmara

que toda mi vida eres tú y que desde que estás a mi lado el mundo es una cosa distinta?

—Adulador...

—¿No me podrás querer un poquito, Peggy?

Se miraron honda, largamente... El fuego con su chisporroteo ponía sombras en los rostros de los dos. Las manos de él abarcaron el talle de la muchacha y, mirándose mucho, como si quisieran leer sus secretos en el fondo de sus ojos, se fueron acercando, hasta que un beso silencioso y dulce proclamó la graciosa armonía del amor.

Pero la niña entró para enseñar unos muñecos y se vió interrumpido el idilio.

Y aún debía ser más interrumpido aquella noche. Al poco rato llamaron a la puerta y lo intempestivo de la hora les sobrecogió.

¿Quién podía ser? ¿Qué querían? ¿Necesitaba alguien auxilio? ¿Era acaso algún caminante perdido?

Se asomaron a la ventana y vieron a un hombre. Sam, extrañado, le preguntó qué deseaba, y le contestó con malas formas que abriera.

—¿A quién?

—Necesito hablar con usted. Traigo una carta del sheriff.

—Voy al momento.

Franqueó en seguida la entrada al recién venido, que no era otro que Peter, el aventurero, adiestrado para toda clase de bajos me-

nesteres y que el sheriff había aleccionado bien.

Los dos hombres se miraron con mutua desconfianza, adivinándose sin saber por qué enemigos.

—Traigo esta carta del sheriff...

—Veamos.

La leyó; era una carta escrita con sequedad por el sheriff... en la que le decía que Peter, el dador, era un íntimo amigo del difunto señor Carter, y que dicho señor se quedaría en la finca para cuidar de la niña, de la que, según decía, poseía pruebas de que era tutor legal.

—¿Y dónde están esas pruebas?

—Aquí las tengo.

Le presentó un documento firmado también por el sheriff en el que hacía constar que Carter le había dicho días antes de su muerte que Peter era el tutor legal de la niña, para el caso de que él sufriera algún accidente.

A Sam le pareció muy extrañado todo aquello.

—Creo que la niña no necesita ya tutores. Me cuido de ella y ella misma puede decir si está bien o no.

—Eso no me importa. Debo cumplir la voluntad de un muerto.

—¿De un muerto? ¿No mejor de un vivo?

—¡Insolente!

A los gritos de los dos habían acudido los demás individuos de la finca.

—Ese hombre pretende instalarse aquí, pero

mientras no presente documentos legales yo no puedo admitirle.

—Aquí el único intruso es usted... ¡Hola, Mary! ¿No quieres decirme nada? —indicó Peter con falsa ternura.

Pero la niña, con un presentimiento misterioso del bien y del mal, se apartó bruscamente de aquel hombre.

—Yo era muy amigo de tu papá, ¿no quieres darme un beso?

—No... no... Yo sólo quiero a Sam.

—Sam no era amigo de tu papá.

—Sí lo era. Tú, no. Y yo no quiero estar contigo.

—Pero, tonta...

Intentó cogerla y la niña se escabulló, yendo a refugiarse junto a Peggy.

Sam con forma brusca ordenó al intruso que se marchara.

—Usted no tiene nada que hacer aquí y se está largando.

—¿Me echa usted?

—¿Lo quiere aún más claro?

—Quizá pronto se haya de arrepentir.

Y se marchó furioso, mascullando maldiciones y amenazas, que no hicieron mella en el espíritu de Sam que tenía la conciencia muy tranquila.

Sólo Peggy, mujer enamorada, experimentó algún terror.

—¿Crees que volverá?

—Si vuelve le trataré como se merece.

Y ya no pensaron más en aquel hombre que había ido a turbarles la paz.

* * *

Pero Peter volvió al día siguiente y esta vez acompañado del sheriff, que era el principal personaje interesado, y manejaba al otro como a un polichinela.

De nuevo cundió el temor en el alma de Peggy y de la niña, pero Sam, sin inmutarse, preguntó qué era lo que deseaban.

—¿De modo—le preguntó el sheriff—que usted niega la entrada a mi amigo Peter, tutor legal de la niña?

—Yo no le niego nada... Eso pregúnteselo usted a la pequeña, que es la única dueña de la casa.

—Veamos, nena... Ese señor Peter es muy amigo de los niños... y lo será también tuyo. ¿Quieres que venga a vivir contigo?

—No... Yo quiero a Sam.

—Sam es un mal hombre.

—Sam es bueno.

—Sam es un mal hombre, digo... Y he conseguido del juez del distrito orden de detención contra él.

—¿Detenido yo? ¿Por qué?

—Porque usted mató al padre de Mary para conseguir hacerse dueño de la hacienda.

—¡Miente usted villanamente!... ¡Mienten ustedes!—protestó indignado.

Ninguno de los que allí estaban creyó aquella noticia. Resplandecía demasiado la figura de Sam para que la ensombreciera una nube de sangre.

La misma nena, llorando, se abrazó a Sam, y Peter dijo, ruin:

—¿Abrazas a quién mató a tu padre?



—¡Miente usted villanamente!

—No... no es verdad... El no ha matado a papaito. El quiere mucho a papaito.

—Te juro que yo no lo maté, pequeñita... Y tú, debes creerme, Peggy.

—Te creo con alma y vida.

—Quien ha de creerlo es el juez y eso será

difícil... Conque ya está usted viniendo conmigo, camino de la cárcel.

—Iré donde sea, pero, atiéndame, sheriff, le exigiré responsabilidad por todo lo que ha ocurrido.

—La acepto integra cuando se trata de cumplir con mi deber.

—Se arrepentirá.

Y Sam, despidiéndose de Peggy, de la niña y de su compañero John, marchó en coche con el sheriff, hacia la cárcel del partido.

Peter tuvo que marchar también, pues de ninguna manera quiso la niña permanecer en su compañía.

Horas después ingresaba el valiente joven en la prisión, convenientemente vigilado por el sheriff.

Al día siguiente se presentó Peter, y vino con el sheriff un plan para deshacerse de Sam. El proyecto era sencillamente criminal, tal como convenía a sus almas ruines. Era preciso embaucar a Sam, haciendo lo posible para facilitarle la fuga, y, en el momento en que, confiado, la realizase, abrasarle a tiros. Su muerte quedaría entonces plenamente justificada, y el enemigo principal habría desaparecido.

El sheriff ponía poco después en práctica el malvado proyecto. Entró en la celda donde se hallaba Sam y le dijo:

—Crea que siento lo que ocurre. Estoy convencido de su inocencia. Si pudiera le facilitaría la huida.

—¡Qué raro! No decía eso cuando me detuvo.

—Estaba Peter delante, y naturalmente...

—Ya... ya...

—Crea que soy su amigo y que velaré por usted.

—Muchas gracias.

Salió el sheriff de la celda y aunque simuló cerrar con llave, dejó la puerta entornada. Y él permaneció cerca de allí, rifle en mano, pronto a disparar contra Sam, apenas éste cayese en la celada e intentase escapar.

Así pasaron largas horas, y John, que por su parte estaba dispuesto a facilitar la fuga a su amigo y jefe, intentó verle, y el sheriff le concedió permiso para ello.

Apenas pudieron cambiar unas palabras, y de pronto se fijó John en que la puerta de la celda, a través de cuya reja comunicaba, no estaba cerrada con llave.

—Puedes escapar... Mira...

—¿Cómo es ello? ¡Ah! no me fio... No me fio demasiado... Eso es obra del sheriff y huele a traición.

—¿Cómo hacerlo entonces?

—¿Tienes un revólver?

—Estoy desarmado. Me ha obligado a dejarlo a la entrada.

—No importa. ¿Y una cuerda?

—Tampoco... pero tu ventana da a la calle y te la podré tirar por ella.

—Hazlo. Luego la cuerda servirá para que

me subas la pistola... y con el arma me río yo del sheriff.

—Encantado.

Había vuelto el sheriff, y John, con su sonrisa estúpida en él habitual, se despidió de su amigo.

Dirigióse a la calle y después de comprobar cuál era la ventana que correspondía a la celda de Sam, lanzó la cuerda hacia ella, que el brazo robusto del joven supo coger oportunamente.

Sam entonces la ató con fuerza a uno de los barrotes y la volvió a dejar caer. En su extremo inferior, John ató el revólver y cuando acababa de realizarlo, se presentó el sacerdote del lugar, y el buen John se vió apurado para evitar que el cura presenciara las maniobras de que subiese junto a la pared el arma en cuestión. Mas por fortuna el reverendo padre se hallaba ensimismado en el comentario del Evangelio del día, y no se fijó en lo que ocurría sobre su cabeza.

Ya el arma en poder de Sam, éste, de puntillas, salió de la celda y, antes de que el sheriff pudiera encañonarle con su rifle, ya él le amenazaba arma en mano, con sobria energía pero firme voluntad de disparar si se resistía lo más mínimo.

Le encerró en la celda y salió a la calle, dispuesto a reunirse con su amigo y marchar de allí hasta que se aclarasen las cosas.

Pero durante aquel día habían ocurrido hechos importantes.

Peter había ido a buscar a la niña y a fuerza de promesas y halagos, engañándola con el espejuelo de que irían a ver a Sam, se la llevó de allí, a pesar de las enérgicas protestas de Peggy, a la que para que callase la encerraron en una habitación, haciendo lo mismo con la cocinera.

John, que rondaba desorientado por el pueblo en espera de reunirse con su jefe, vió de pronto pasar velozmente en un coche a la niña Mary, acompañada de Peter y de otros dos sujetos.

Una terrible sospecha le heló el corazón; quiso correr detrás del vehículo, pero éste enfocaba rápidamente camino de la estación... y la persecución se hacía imposible.

Desesperado volvió cerca de la cárcel con la esperanza de que su amigo estuviese aguardándole... Por fin lo encontró y los dos se dirigieron velozmente a la estación y llegaron cuando el tren había marchado unos minutos antes.

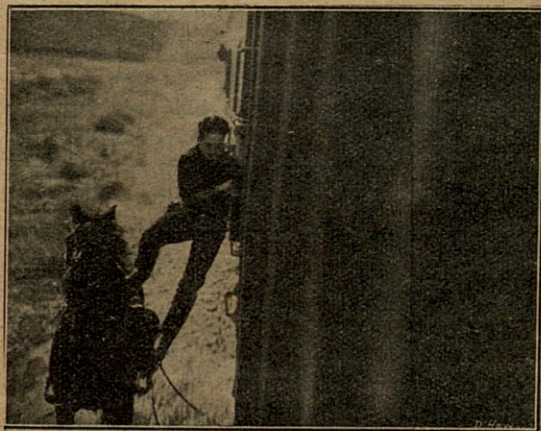
Sam no era hombre que se arredrase por ello... Tomó un caballo y lanzóse a galope a la persecución del tren.

Unos cómplices de Peter le vieron desde una ventanilla y observaron atentos la manobra de aquel hábil jinete, que, con peligro inminente de su vida, consiguió saltar al ferrocarril y encaramarse a uno de los vagones.

Los malvados fueron a su encuentro, pero Sam saltó al techo de un vagón, dirigiéndose

hacia los vagones de primera, donde suponía podían llevar a la chiquilla.

También los bandidos le persiguieron por el techo de los vagones... Mas la justicia de Dios había de caer sobre los miserables... Sam saltó a una plataforma de un vagón, y sus perseguidores, desorientados, no se dieron cuenta de que iban a entrar en un túnel, y



—... consiguió saltar al ferrocarril...

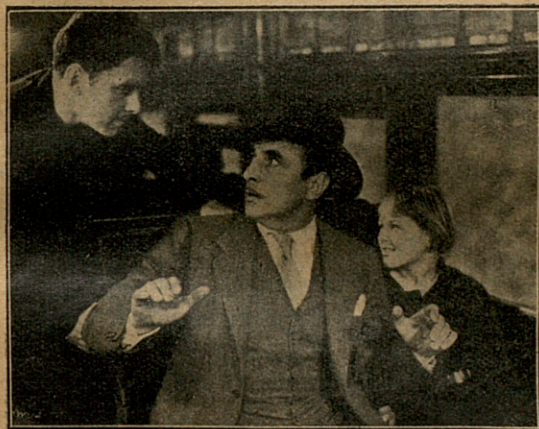
éste les segó la cabeza, dejando al salir de él regueros de sangre.

Pistola en mano fué Sam recorriendo los vagones hasta encontrar en uno de ellos a la niña con Peter. Mary parecía tranquila con la

promesa de ir a ver a su protector... Pero ahora, al divisar a Sam se arrojó en sus brazos, loca de alegría.

Furioso quiso Peter agredirle, pero ya no pudo realizar ningún movimiento. El arma de Sam amenazaba disparar sin compasión contra el intruso.

Sam dió cuenta al jefe del tren de que aquel



Mary parecía tranquila...

hombre pretendía apoderarse de la niña, y el jefe dió orden de que en la próxima estación, que era donde residía el juez del distrito, bajasen para aclarar las cosas.

Y ante el juez quedó todo aclarado, pues, al fin, Peter, que no quería demasiados líos

con la justicia, pues estaba fichado ya por ella, confesó que ni siquiera había conocido al señor Carter y que todo era un plan del sheriff para apoderarse de la finca.

El juez descubrió su ficha y vió que se trataba de un sujeto de cuidado. Ordenó su prisión así como la del sheriff, desleal y ambicioso, que había faltado a su deber, y que acabó confesando que Sam era inocente, que Carter se había suicidado, y que sólo el deseo de quedarse él con la finca le había obligado a usar de aquellos procedimientos.

Marchó Sam a reunirse con la nena, para partir hacia la hacienda, donde Peggy y la cocinera sufrían con la incertidumbre de la espera.

—¿Libre ya, Sam?—dijo ella al verle entrar.

—Ya ves que sí... Y ahora el juez me ha entregado solemnemente el nombramiento de tutor de la niña.

—¡Oh, Sam! ¡Si vieras lo que he sufrido!

—Lo he supuesto... Mira, tengo ganas de volver a ver al juez.

—No quieras tratos con él.

—Esta vez será en calidad de novio que pretende casarse. ¿Conformes?

—Tú lo sabes bien.

Y el juez y el sacerdote tuvieron doble trabajo, porque además de la boda de Peggy y Sam, se concertó la de John y la cocinera. Y como ángel tutelar del doble matrimonio, ac-

tuó la bonita Mary, que, por fin, aquel día de la ceremonia vistió un verdadero y gracioso traje femenino... Iba para mujer y la envolvía ya ese sentimiento de arte y elegancia de la mayoría de las hijitas de Eva.

FIN

Ediciones BISTAGNE recomienda
las interesantes publicaciones para

:-: :-: :-: muchachos :-: :-: :-:

Aventuras Film

(más de sesenta números
publicados).

Caballistas del Oeste

(que aparece esta semana)
Precio: 15 cts.

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCION PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará. 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaban de aparecer, en las selectas
Ediciones Especiales de La Novela
Semanal Cinematográfica, con éxito sin
precedentes:

Corazones valientes

por Robert Montgomery, Madge Evans

Irusta, Fugazot y Demare

(Fuera de serie)

Los tres mosqueteros

(LOS HERRETES DE LA REINA)

por Blanche Montel, Aimé Simon - Ger-
ard, Edith Mera, Paul Colline, etc.

Milady

Segunda parte de

LOS TRES MOSQUETEROS

Esclavitud

por Dorothy Jordan, Alexander Kirkland

La calle 42

por Warner Baxter, Bébé Daniels, etc.

Las dos huerfanitas

por Rosine Déréen, Renée Saint-Cyr, etc.

Cabalgata

por Diana Wynyard, Clive Brook, etc.

¡Ediciones Bistagne publica
siempre lo mejor entre lo mejor!

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
